



## Zambullido o evasión.

### **Certeza rudimentaria y un puñado de preguntas en torno a las nuevas prácticas docentes en el marco del malicioso COVID-19**

Por Camila Vazquez<sup>1</sup> (Río Cuarto, Córdoba)

El anuncio del aislamiento social obligatorio me trae, como al ordenamiento mundial en general, una serie de resquebrajamiento existenciales que se trasladan, con los días, a ámbitos impensados. Si el dolor empieza por quedar sola, en la isla de mi departamento, sin el nutriente primario del afecto, luego, ese mismo dolor, es atmósfera de otros múltiples ámbitos que no solo hacen a la vida, sino que, hasta entonces, también eran la vida.

Es difícil escribir sobre un dilema global: más que nunca experimento y siento en carne propia la finitud, la conciencia cabal de que no somos tan importantes, que siempre hay cosas más grandes que una, que ninguna juventud puede contra el cauce irrefrenable y absurdo que organiza al mundo y a su apestoso régimen económico. Pero es difícil escribir sobre un dilema global, como decía, porque mi experiencia es tan ordinaria y llena de sinsentido como el que mucha gente de mi ¿entorno? -¿existen aún los entornos?- parece experimentar. Soy otra docente más, atareada, abrumada y triste por esta nueva forma del encuentro con estudiantes. Una más, con sus carencias y sus dudas. Solo sus dudas, lo único que parezco tener para ofrecer al mundo.

Durante las primeras semanas lxs extraño más. A los estudiantes, digo. Extraño estar en el aula y debatir sobre las lecturas, su bullicio, su frescura. Soy profe de Letras y trabajo con adolescentes. Y en toda su vorágine, son mi contacto más genuino con el humor y la ternura. Crear sentidos juntxs se me presenta como acto de ternura, no mío. Nuestro. Nuestro pequeño acto de ternura, ¿alguna vez unx alumnx vivirá así la clase?, ¿o es toda una proyección docente?

Durante las primeras semanas de cuarentena, también, sufro más que ahora las lógicas institucionales de las distintas escuelas en las que trabajo. Lxs docentes no entendemos tanto

---

<sup>1</sup> Camila Vazquez (1994) es profesora en Lengua y Literatura por la Universidad Nacional de Río Cuarto. Actualmente cursa los tramos finales de la Licenciatura en Letras en la misma Universidad. Trabaja como docente en escuelas secundarias. Dicta talleres literarios. Escribe poesía. Ha publicado un libro de poesía, Yeguariza (Kintsugi editora, 2020), una plaqueta, Las mujeres que esperan (Elemento Disruptivo, 2019) y ha participado en las antologías de poesía de Verso Raíz, en los números II y III en el año 2018.



cómo funcionar, cuándo termina nuestro “teletrabajo” y empieza nuestro tiempo libre, nos vigilanteamos unxs a otrxs a ver si ya fue enviado el porcentaje de alumnx que hicieron las tareas y demás prácticas “del horror”, como dicen mis alumnx. Y en el medio, una necesidad sincera de no perder el contacto, de no deshumanizar esta nueva escuela que parece no entender que esta nueva forma no ocurre sin costos -emocionales, intelectuales, entre otros- en sus trabajadores y en sus estudiantes. Hay costos. Esto no es el aula. Es un nuevo contexto que exige respuestas que no tenemos o estamos investigando, explorando, conociendo.

Pero es de literatura de lo que quiero hablar, porque, como dije, soy profe de Letras, y ahora, sin más preámbulo, quiero adentrarme en el corazón de mis conflictos docentes actuales. En primer lugar, escribir conflictos actuales me conduce a pensar en ese otro mundo que miramos con nostalgia y que cuyo retorno prometemos a muchas personas ¿cercanas?: “cuando pase todo esto -introduzca promesa improbable aquí”-. Lxs estudiantes no escapan de eso. Prometemos devolución de trabajos al regreso. ¿Al regreso de qué?, ¿se regresa de esto intactxs al aula?, ¿se regresa al aula? Y si se regresa, ¿qué hacemos con este domingo eterno en el que todo exige orquestar un supuesto orden, una supuesta continuación del mundo anterior-a esta altura ya pienso, no sin lecturas apocalípticas que permeen este sentir, que ese mundo es rudimentario y se nos escurre-? Trabajo sobre esto en terapia online: ¿qué hago con este ahora en “clases”?, ¿cómo posibilito un contacto sano con mis alumnx?, ¿qué propuestas les acerco para que su encierro no se tiña de obligación -más de la carga obligatoria que ya tiene- y se acerca, aunque sea un poquito, al deseo, al placer?, ¿qué hago con mi propio pesar docente, con las dudas constantes, con el objetivo claro que el constructivismo me exige que plantee en todas mis propuestas, con la coherencia de estas clases con respecto a las trazadas en las secuencias didácticas de aquel mundo, para aquellxs estudiantes, para otro contexto? Si me calmo, no pienso que todo vaya a terminarse, aunque ya estamos siendo en sí un episodio muy largo de Black Mirror, pero que aquella forma de entender, sentir, aprender y leer no quedará estática, se anuncia, me parece, como un hecho.

En fin, el corazón que se dilata es éste: fallé, o al menos, me acudieron muchas preguntas luego de mis primeras propuestas virtuales con alumnx. La primera semana, estudiantes de 4to, en consonancia con lo trabajado en el antiguo mundo, debían seguir leyendo y produciendo textos literarios en torno a la ciencia ficción y al fantástico, ese borde finito entre ambos subgéneros



narrativos. El resultado me trajo una felicidad pequeña y abrumadora al mismo tiempo. La consigna partía de la lectura de “Conservas” de Samanta Schweblin, un cuento en el que una mujer revierte un embarazo a través de métodos no tradicionales. Y no lo interrumpe, si no que lo revierte, transita un camino inverso hasta su estado de “no embarazo”. Como puntapié inicial, lxs alumnx debían escribir cuentos en el que personas infectadas de Coronavirus revirtieran su enfermedad a través de métodos no tradicionales. El resultado: más de 35 cuentos en los que predomina el vudú, el sacrificio global o personal como ofrenda para la salud del mundo o la salud propia; una joven con COVID-19 positivo, que, al curarse, encuentra una corona de flores en su cabeza, como la mejor de las Gildas. Algunxs alumnx escribieron más de un cuento.

Por algún motivo curioso, la consigna les divierte y piden más lecturas y propuestas de escritura. Nos hablamos por whatsapp en un grupito, nos mandamos audios, videos, canciones. Algunxs escriben a las 3 de la mañana.

El resultado de la actividad -no del COVID, por favor- es positivo por el momento. Pero hay un problema de fondo y es que, mientras todos los medios, las redes, el Estado, lxs vecinxs, lxs padres, yo, hablamos sobre COVID 19, también ahora ellxs deben plegarse a la construcción de este aparato discursivo sobre la pandemia. Entonces me pregunto -la única actividad a la que me dedico certeramente en la pandemia-: la consigna, ¿lxs libera o lxs recluye a la conciencia extrema de la pandemia?, ¿está mal ese zambullirse en ese barro virósico por medio de todos los discursos?, ¿necesitamos ficciones sobre el virus para mirarlo mejor?, ¿qué es más potente o más necesario?, ¿el zambullido o la evasión?, ¿existen tales dicotomías?, ¿no puede unx zambuevarse de la pandemia? Lo cierto es que el término medio no se me da, y a la semana siguiente, no conforme a todas mis preguntas, doy una consigna evasiva. Y el resultado es igualmente positivo -no, no del COVID-.

Hay algo en la escritura creativa que -eso parece- conecta a estxs estudiantes con el placer. Y entonces, aunque me cuesta creerlo, ahí ya puedo respirar. La literatura puede -parece- conectar a estudiantes con un placer del orden creativo. Y aquí empiezo a pensar en esto que ya dijo Jaques Ranciere (2011), y que tiene que ver con el carácter político de la literatura: la ficción, pero en particular, estas ficciones, la de lxs estudiantes, también echan luz sobre el mundo, evadan o penetren lo horrible del momento. La ficción es política y necesaria no por su carácter panfletario -o sí-, si no porque desde el artificio ilumina mecanismos, aspectos, fibras de este mismo mundo.



No creo que haya una respuesta correcta: zambullir o evadir. Pero a cambio, tengo un pequeña y rudimentaria certeza, fugaz -no sé cuánto tiempo durará ni cuánto resista a este contexto-. Esta pequeña certeza y un puñado de preguntas: ser agente de la ficción, no sólo leyéndola, sino, haciéndola, es tomar riendas sobre ese sentido. Decidir qué mostrar y por qué, desde qué óptica, focalizando en cuál personaje, usando tal o cual pronombre para enunciar. Decisiones políticas y estéticas, las ficciones de lxs alumnx.

Por último, aunque no creo en la capacidad universalizadora de nada, ni en las metodologías estancas -creo solo en un devenir metodológico, junto con la práctica-, esta otra rudimentaria metodología ha ido tomando su forma igualmente precaria: frente al puñado de dudas existenciales, profesionales, intelectuales, artísticas, ¿por qué no hacer de ellas un insumo para “la clase”? No sé si lo que hice fue estrictamente “dar clases”. Más bien, me recuerdo en un audio exponiendo a mis alumnx todas mis dudas y todo mi dolor sobre esta escuela que nos toca en suerte -no un colegio, sino las escuelas como instituciones en general-. Y en esas dudas, la pregunta sobre el destino de una tarea que fijé para tal fecha, pero que en la marcha, por demandas de lxs chicxs, por la inmediatez, por vaya a saber una qué epifanía, pierde sentido. Y hay que proponer otra cosa, y la secuencia se corre, y yo me relajo, y el desastroso futuro que seguro advenga me encuentre, seguramente, también, con nervios de punta, con un trabajo precarizado, pero con una rudimentarísima certeza: la literatura en la escuela debería -o debería intentar al menos- perseguir una forma del placer.

## Referencias Bibliográficas

Ranciere, Jacques (2011) Política de la literatura. Buenos Aires: Libros del Zorzal

Schweblin, S. (2017) “Conservas” en Pájaros en la boca y otros cuentos. Buenos Aires: Random House